

La casa de Omri. Samaria

Al mismo tiempo que el reino de Jerusalén se constituía con bastante fuerza bajo el mando de Asa, el de Israel estaba entregado a la anarquía. Ela, hijo de Baesa, no reinó más que dos años en Tirsa. El grueso del ejército israelita acampaba de nuevo frente a Gibbeton. Zimri, uno de los ofi-

ciales que se había quedado en Tirsa, mató al rey en un banquete, y exterminó a la familia de Baesa, como éste había exterminado a la de Jeroboam. El derruirse entre matanzas estas casas reales excitaba la imaginación de los profetas, que veían en semejantes hundimientos justos juicios del cielo. Una derrota era siempre un castigo; el efecto de la cólera de un dios. Las tribus israelitas de aquel tiempo no sentían la fidelidad dinástica. La vida en los altos círculos, donde dominaban las ideas ambiciosas, era un tejido de traiciones. La religión tenía tendencia a justificar asesinatos y violencias abominables. La cuestión era saber si se poseía el favor de un dios, y este favor se obtenía, no con la justicia y la moderación, sino con su culto exclusivo. Este grado de moralidad era similar al de los mamelucos de El Cairo, gente muy piadosa, musulmanes devotos que no creían agrandar a Alá asesinando a su amo o matando centenares de inocentes. Los tres fundadores de aquel tiempo, David Omri y Mesa, fueron jefes de dinastías semejantes a los Abul-Abbas y Ahmed-ben-Tulim, de la Edad Media; no a los Hugo Capeto o Rodolfo de Habsburgo.

Zimri fue elegido rey en Tirsa, pero el ejército acampado ante Gibbeton no aceptó esta revolución palaciega y proclamó a su jefe Omri, que fue a sitiar a Tirsa. Zimri, al ver tomada la ciudad, se retiró a la parte alta del palacio, le prendió fuego, y murió a lo siete días de reinado.

Pueblo y ejército se dividieron en dos partidos. Una mitad siguió a Omri; la otra mitad proclamó a Tibni, hijo de Ginat. Esta división duró cuatro años. Omri quedó como único rey al morir Tibni, y su reinado no se sabe lo que duró. Según el texto bíblico actual, reinó seis años, cosa increíble, dada la huella profunda que dejó su reinado. Según combinaciones más dignas de crédito, Omri reinó veinticuatro años. De él puede decirse que fue un David al que sólo le faltó el prestigio religioso. Su dinastía sólo se mantuvo cuarenta años, pero dejó un recuerdo duradero. El reino de Israel es siempre llamado en los textos hebreos «el país de Omri».

Mediante la vigorosa organización de su ejército, Omri pudo volver a su dependencia los países que después de Salomón se habían sustraído al yugo de Israel. Sus grandes luchas fueron con Benhadad, rey de Damasco, al cual tuvo que ceder algunas poblaciones.

El más importante servicio prestado por Omri a Israel fue darle lo que le hacía más falta: una capital. El mísero pueblecito de Thixsa no podía aspirar a tal título aunque tenía el palacio real. Omri compró por dos talentos de plata una colina situada a dos o tres leguas de Siquem, en una posición estratégica muy ventajosa. La llamó Somerou (la guardia) y quiso convertirla en el centro del reino. En efecto, durante dos siglos, Somerou, que nosotros llamamos Samaria, va a ser la Jerusalén del Norte. Nada sabemos de sus construcciones, ya que sus últimos restos desaparecieron bajo las ruinas romanas de Sebastié, que se edificó sobre ella.

El reinado de Omri y el de su hijo Achab son muy parecidos al de Salomón en Jerusalén. Las tribus del Norte, ajenas entonces a la civilización material, se abrieron a ella de pronto. Tiro, que era entonces la expresión

más alta de Fenicia y que por estar muy próxima al reino de Israel influiría bastante en él, fue el modelo que se admiró y se imitó.

El lujo, la industria, la afición a las grandes edificaciones, a los carros de guerra, se introducen en aquellas montañas donde se había hecho la vida pastoral y agrícola de los tiempos antiguos. Con la monarquía seriamente organizada, nacen los privilegios. La primera recolección de heno se reservaba para la caballería real; multas e impuestos más o menos directos parecen exacciones indebidas a estos pueblos sencillos.

Se enfrió el sentimiento religioso en el mundo oficial al desarrollarse el lujo y las relaciones con el extranjero. Jehová era la nación. El culto a Jehová se reducía al debilitarse el espíritu nacional, y se prefería a él el Baal fenicio.

A Omri le sepultaron en las grutas sepulcrales que había mandado abrir en los peñascales próximos a Samaria. Achab, que le sucedió a la edad de dieciocho años, es el de peor fama de los reyes de Israel y Judá, para la tradición jehovahista. Pasó por enemigo personal de Jehová. Su raza maldita la utilizaron los historiadores ortodoxos para hacer resaltar con el contraste la luz pura de la casa de David.

Mucho favoritismo hay en ello. Achab, como Salomón, no parece culpable más que de un crimen, pero crimen irremisible para los fanáticos: la tolerancia. Hizo lo más peligroso para un israelita, según los profetas jehovahistas: se alió con Etbaal, rey de los sidonios, y se casó con su hija Jezabel. Este matrimonio lo arrastró, como dicen, al culto de Baal. Lo que indudablemente parece verdad es que erigió un templo a Baal en Samaria, para uso de Jezabel y sus acompañantes tirios.

También en Samaria se erigió un *asera* o *astartelón*. Compréndese que aquellos sacerdocios tirios, organizados con pompa, causaran a los partidarios de Jehová extrañas cóleras. El culto a Jehová era una cosa algo rudimentaria que debía desagradar a personas de un sentido religioso superficial. Como Etbaal había sido sacerdote de Astarté, su hija pudo ser acompañada a Samaria por toda una clientela sacerdotal. En los sacrificios, los sacerdotes de Baal se herían la carne con espadas y chuzos, o se cortaban con cuchillos y navajas, hecho que indignaba a los jehovahistas, que ridiculizaban también la costumbre de aquéllos de bailar y saltar durante los sacrificios.

Aunque el nombre de Baal no tenía nada de malsonante para la divinidad, pues significaba, sencillamente, «El Señor», cada día se acentuó más la antítesis entre Baal y Jehová. Baal fue para los jehovahistas como una palabra obscena, y la asociación del culto de Baal con el de Jehová, hasta entonces muy frecuente, llegó a ser para los pietistas el crimen más aborrecible. Achab lo cometía diariamente. Honró simultáneamente los dos vocablos divinos, o los dejó honrar a su alrededor. Samaria fue en su tiempo una ciudad ecléctica en religión.

Por una anécdota de la época, aunque sin ningún valor histórico, comprendemos bien este singular estado religioso. Un tal Naamán, primer ministro del rey de Damasco, llegó a pensar que no había en la tierra más dios verdadero que el de Israel, lo cual le inspiró la ocurrencia de cargar

dos mulos con tierra israelita para llevarla a Damasco, porque no quería hacer sacrificios ni holocaustos más que a Jehová. Sin embargo, se había convertido al jehovahismo con la reserva de que le perdonase Jehová si, por cumplir los deberes de su cargo de ministro, acompañaba a su amo al templo de Rimón. Admitióse desde entonces una categoría religiosa que, más adelante, había de hacer un papel considerable: los paganos que tenían miedo de Dios, los extranjeros que, sin ser jehovahistas al modo israelita, veneraban a Jehová y se afiliaban a su culto.

A Achab no se le puede considerar como un enemigo del jehovahismo, sino como un soberano tolerante. Las leyendas proféticas nos lo muestran como perseguidor encarnizado de los servidores del Dios verdadero, y en cambio en otros documentos aparece en buenas relaciones con los profetas de Jehová.

Realmente, el descontento del elemento profético, representante del espíritu israelita puro, contra la dinastía de Omri y Achab, derivaba de causas morales. El antiguo partido israelita quería proseguir las costumbres de una época sencilla y pobre. Omri, Achab y sus camarillas aspiraban a la civilización, en el sentido complejo que damos hoy a esta palabra. El lujo y la afición a las artes, características de la nueva dinastía, eran lo peor para un pueblo toco aún, que ponía todo su empeño en no separarse de la vida patriarcal.

De este modo Samaria vio, cien años después que Jerusalén, un rico florecimiento de vida profana. La base de la política de los omridas fue la paz de ambos reinos y las buenas relaciones primero con Asa y luego con Josafat. Todo ello prometía a Israel un hermoso porvenir. Samaria y Jerusalén podrían rivalizar con Tiro y Sidón. La civilización triunfaría en un país que sólo había conocido la barbarie. Pero el hombre que tiene una vocación no sirve más que para ella. Israel llevaba en sí el porvenir religioso del mundo. Cuando pensaba seguir las vías vulgares de otros pueblos, una especie de genio sombrío proclamaba de manera amargamente irónica que la justicia a la antigua usanza no debía ser sacrificada.